

TREN DEL IRATI

Corría el año 1932 en la localidad de Sangüesa. Como todas las primaveras, por las diferentes iglesias de la ciudad podíamos ver a los peregrinos que iban a hacer el camino de Santiago.

Luigi, era un peregrino italiano que había atravesado el sur de Francia y tras cruzar los Pirineos, había alcanzado la bella localidad de Sangüesa.

Luigi, que ya tenía unos cuantos años, se encontraba muy cansado del largo viaje que había hecho para llegar a Sangüesa. No le quedaban fuerzas para seguir andando hasta la capital del Viejo Reino, es decir, Pamplona.

Como no le quedaba dinero para seguir su peregrinación, decidió pedir limosna en la calle Mayor, en la puerta de la iglesia de Santa María.

Juan que se encaminaba a casa tras venir del campo de trabajar vio a Luigi en la puerta de la iglesia pidiendo limosna. Se acercó a él y le preguntó a ver de dónde venía. Luigi le contestó que era de un pequeño pueblo de la Toscana italiana, muy cerca de Florencia. Juan vio que Luigi estaba cansado, demacrado y hambriento. Por eso le invitó a su casa a comer. Luigi dándole las gracias muy contento dejó la puerta de la iglesia y se fue con Juan hasta el Prau, que era donde vivía con sus padres.

Los padres de Juan se enfadaron un poco con su hijo porque no tenían mucha comida para compartir. Juan era muy buena persona, y explicó a sus padres por qué había llevado a Luigi a su casa. El creía que estaba en su mano ayudar a quién lo necesitaba.

Juan le ofreció a Luigi trabajar con él en el campo ya que era una época de bastante trabajo y así le pagaría un pequeño sueldo. Además, Juan tras hablar con sus padres, también le ofreció vivir durante una semana en su casa hasta conseguir dinero suficiente para coger el tren que le llevase a Pamplona y poder continuar hasta Santiago.

Durante unos días estuvieron trabajando en el campo, haciendo diferentes labores: limpiar y desbrozar, sembrar patatas, poner tomates, zanahorias....

Diariamente Luigi cobraba un pequeño sueldo. Por ello una día tras acabar la dura jornada de trabajo se pasó por la estación del tren del Irati para preguntar cuánto valía el tren a Pamplona. Luigi se llevó una gran alegría cuando se dio cuenta que tenía dinero suficiente para comprar el billete de tren.

Tras esto, en la casa de los padres de Juan, les dijo que ya tenía dinero suficiente para pagar el tren y que al día siguiente se iba a marchar de Sangüesa.

Esa misma noche, hicieron una pequeña cena de despedida. Al final los padres de Juan habían cogido mucho cariño al peregrino italiano.

Por la mañana tras vestirse y desayunar, Luigi cogió sus pocas pertenencias y se encaminó a la estación. Tanto Juan como sus padres le acompañaron a la estación y allí mismo, tras comprar el billete, le hicieron unos pequeños regalos; un poco de comida y alguna vieja ropa de Juan que Luigi podría utilizar durante su peregrinación.

Una vez el tren se puso en marcha, se asomó a la ventanilla para despedirse de la familia sangüesina que tan bien le había acogido. Tras salir de Sangüesa y con el traqueteo del tren Luigi se quedó dormido. Se despertó justamente en la estación de Aoiz. Y cuál fue su sorpresa que el grupo que subía al tren hablando un poco a gritos hablaban en italiano.

Luigi se acercó al grupo contento y sonriente al oír su lengua materna y exclamo ¡Andiamo!. Y enseguida todos se pusieron a hablar a gritos y casi, casi, sin escucharse.

Una vez hechas las presentaciones se dieron cuenta que cada uno era de una zona de Italia; uno era de Roma, otro de Turín el último era de Milán.

Estaban muy contentos hablando cada uno de su experiencia en el viaje. De repente, se paró, dejó de moverse. Al principio no sabían qué era lo que ocurría pero se dieron cuenta que había un fallo de corriente eléctrica.

El maquinista bajó de la locomotora y se dio cuenta que unos metros por delante se había caído un cable de la luz.

Como no podía arreglar ese fallo eléctrico, se encaminó al pueblo más cercano. Por suerte, al fondo se veía la estación de Urroz Villa. Lo primero que hizo fue pedir ayuda. En la estación también estaban sin corriente eléctrica y no les funcionaba el teléfono para pedir ayuda a Pamplona. El maquinista volvió al tren a informar a los pasajeros de lo que pasaba y de que no había una solución rápida y que tenían que quedarse en el tren.

Ante ello uno de los peregrinos italianos, dijo que él era electricista y que si le facilitaban las herramientas necesarias, intentaría solucionar el problema.

El maquinista le dijo que si podía arreglarse con las herramientas que tenía en el tren para solucionar esa avería que la arreglase.

Pidieron ayuda a los habitantes del pueblo y entre otras cosas les acercaron una escalera de madera, para poder subir al poste de la luz y solucionar la avería.

Mientras Paolo, el peregrino italiano, estaba trabajando en lo alto de la escalera, sufrió un calambrazo, que casi le hace caerse de la escalera si no hubiese sido por la ayuda de Luigi.

Tras ese pequeño susto, consiguieron arreglar la avería. Todos festejaron el haber conseguido solucionar la avería. Fue un muy buen trabajo en el que todos los pasajeros aportaron su granito de arena para solucionar el problema. Tras solventar la situación, el tren hizo su viaje sin mayores complicaciones hasta Pamplona.

Los 4 italianos tras bajar del tren, preguntaron en la estación de Pamplona, dónde estaba la catedral de la ciudad.

En la catedral rezaron al santo patrón pidiendo suerte para poder continuar haciendo el camino de Santiago sin sufrir mayores sobresaltos.

Tras rezar al santo, se fueron a descansar al albergue de la catedral, para recuperar fuerzas para el resto del viaje.